

de muralla de roca (1) se eleva sobre el valle de Siquem - y les arengó en esta forma (9, 7 y siguientes):

«Oidme, varones de Siquem,
Así Dios os oiga!
Fueron los árboles á elegir rey sobre sí,
Y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros.
Mas el olivo les dijo:
¿Tengo que dejar mi pingüe jugo,
Por el que dioses y hombres me honran,
Por ir á dominar sobre los árboles?
Y dijeron los árboles á la higuera:
Anda tú, reina sobre nosotros.
Y les dijo la higuera:
¿Tengo que dejar mi dulzura
Y mi fruto bueno,
Por ir á dominar sobre los árboles?
Dijeron luego los árboles á la vid:
Pues ven tú, reina sobre nosotros.
Y les dijo la vid:
¿Tengo que dejar mi mosto,
Que alegra á dioses y hombres,
Por ir á dominar sobre los árboles?
Dijeron entonces todos los árboles al escaramujo:
Anda tú, reina sobre nosotros.
Y el escaramujo dijo á los árboles:
Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros,
Venid y abrigaos bajo mi sombra;
Y si no, fuego salga del escaramujo
Que devore los cedros del Líbano.»

Ahora, pues, si con verdad y con integridad habeis procedido en hacer rey á Abimelech, y si lo habeis hecho bien con Jerobbaal y su casa, y si le habeis pagado conforme á la obra de sus manos, pues que él, mi padre, peleó por vosotros y despreció su vida por libraros de manos de Madian; y vosotros os levantasteis hoy contra la casa de mi padre y matasteis sus setenta hijos de una vez, y habeis puesto por rey sobre los ciudadanos de Siquem á Abimelech, hijo de su concubina, por cuanto es vuestro hermano.

Si con verdad y con integridad habeis procedido hoy con Jerobbaal y con su casa, gozad de Abimelech y que él goce de vosotros.

Y si no, fuego salga de Abimelech que consuma á los de Siquem y la casa de Millo, y fuego salga de los de Siquem y de la casa de Millo que consuma á Abimelech.

En efecto, la infame accion de Abimelech es vengada en la forma predicha por Jotam. Abimelech y la ciudad que le habia caído en suerte se aniquilan mutuamente y sus propias obras les atraen el castigo divino.

Despues de haber gobernado Abimelech durante tres años sobre Israel, envia Dios (Elohim) un espíritu malo entre el rey y los siquemitas, haciendo que éstos se rebelen contra él, para que el crimen cometido con los setenta hijos de Jerobbaal sea vengado en Abimelech y en sus cómplices los siquemitas. Estos, sin embargo, no se atreven todavía á manifestar abiertamente su rebelion, porque manda en la ciudad como jefe militar un delegado real, llamado Sebul, el cual, por lo visto, tiene á sus órdenes una guarnicion demasiado fuerte para que pueda ser arrojado de allí, aunque no lo suficiente para tomar la iniciativa á favor de Abimelech contra la arrogancia de los habitantes; procuran, pues, proceder embozadamente, y ponen asechanzas en los montes para sorprender y saquear á los que viajan bajo la fe de la paz del rey. Abimelech es informado luego de esto, sin duda por el mismo Sebul. Estalla, al cabo, la llama de la rebelion, avi-

(1) Furrer en el «Léxico Bíblico», de Schenkel, tomo II, pág. 330, y en «Peregrinaciones en Palestina», Zurich, 1685, págs. 244 y siguientes, figura esta escena en un resalto de la peña, debajo de la cumbre, que en forma triangular se destaca de la masa del monte y á manera de púlpito se alza sobre el fondo del valle.

vada tenazmente por un enemigo israelita del rey, llamado Ga'al-ben-Joba'al (2), que se dirige á Siquem con sus hermanos (parientes).

Confiados en este auxilio, los habitantes de Siquem celebran la fiesta de la vendimia sin curarse de Abimelech, aunque saben que tiene noticia de sus actos hostiles. Salen al campo, cogen y pisan la uva; celebran la fiesta ó accion de gracias por la feliz vendimia (Hillulim), entran en el templo de su Dios, comen, beben y maldicen á Abimelech. En el mismo templo - que, como veremos luego, estaba situado fuera de la ciudad - empieza Gaal con frases irónicas á excitar á la rebelion á los siquemitas, ya enardecidos por el vino y la animacion de la fiesta. Véase cómo se expresa: «¿Quién es Abimelech (3) y quién el hijo de Jerobbaal para que nosotros le sirvamos? ¿No es hijo de Siquem (siquemita), y no es Sebul su delegado? Podrán hacerse siervos los hijos de Hamor, padre de Siquem; pero, nosotros, ¿por qué hemos de ser sus siervos? Si pudiese yo tener al pueblo aquí en mi mano, pronto iria á Abimelech y le diria: Aumenta tu ejército y sal. Encuentra, pues, muy plausible que los siquemitas, que pertenecen á la tribu cananea de Hamor, se dejen esclavizar por uno de los suyos; pero su altivez israelita se resiste á que aquel mestizo israelita-cananeo gobierne á hombres de su raza. Semejante sarcasmo debia herir el orgullo nacional de los ciudadanos de la antigua Siquem cananea, fautores del reino de Abimelech, y era seguramente el mejor medio para excitarles á la rebelion. Un rey cuyo gobierno era para un israelita insoportable, no podia ser bastante bueno para ellos.

Cuando Sebul tiene aviso de las instigaciones de Gaal, se enciende en ira y adopta inmediatamente las medidas convenientes. Envia mensajeros á Abimelech diciéndole que Gaal y sus hermanos están amotinando la ciudad contra él, y le encarga que por la noche se ponga en emboscada con su ejército cerca de Siquem, para atacar en la mañana siguiente á la ciudad. Entonces saldrá Gaal con su gente, y podrá proceder con éste segun le parezca mejor.

Abimelech lo hace así, poniendo á su tropa, dividida en cuatro cuerpos, en emboscada alrededor de la ciudad. Gaal sale hasta fuera de la puerta de ésta, sin duda para proteger á los habitantes en la continuacion de la vendimia, y entonces Abimelech se presenta con su gente, y cuando le ve Gaal, dice á Sebul que baja gente de las cumbres de los montes (Siquem está en el valle); pero éste le contesta que la sombra de los montes le parecen hombres. Vuelve Gaal á decir á Sebul: Baja gente por medio de la tierra, y una partida viene desde el terebinto del hechicero. Sebul, dejándose ya de subterfugios, le dice entonces: ¿Dónde está ahora tu boca, con la que decias: ¿Quién es Abimelech, para que le sirvamos? ¿No es éste el pueblo á quien has despreciado? ¡Sal, pues, ahora y pelea con él! Gaal acepta el combate con Abimelech, á la vista de los habitantes de Siquem, pero tiene que huir, por último, ante él, y muchos de los suyos caen heridos junto á la misma puerta de la ciudad. Abimelech, sin embargo, no se atreve á atacar y se retira hácia el Aruma, que se encuentra allí cerca. Durante la noche consigue Sebul arrojar de la ciudad al vencido Gaal y á sus hermanos.

Al dia siguiente salen de nuevo los de la ciudad al campo, en toda probabilidad, sin temor alguno, pues que rechazado Gaal, deben suponer que Abimelech se ha retirado. Informado éste de ello, seguramente por Sebul, se aprovecha de la ocasion para apoderarse de la ciudad por medio de un

(2) En la version LXX, Gaal, hijo de Jobel, y así debe ser. El texto masorético: «hijo de un esclavo», ha sustituido al «Jobbaal» (Jehova es Baal), que no pudieron tolerar épocas posteriores.

(3) V. 28, 29, - v. 28, segun correccion de Wellhausen, véase texto 1 de los Libros de Samuel. Gottinga, 1871, página 12.

astuto golpe de mano. Divide su ejército en tres cuerpos, y coloca uno en emboscada en el campo. Luego, mientras dos de estos cuerpos caen sobre los hombres que están en el campo, el tercero les corta la retirada á la puerta de la ciudad, y de esta suerte perecen todos los que estaban fuera. Abimelech asalta despues la ciudad, la toma, la destruye y la siembra de sal.

Mas queda todavía por conquistar el castillo (Bet-Millo, v. 6) y torre de Siquem (v. 46 y siguientes) (1), que protege la entrada del valle. Sus habitantes se han refugiado en la bóveda del templo de Baalberit. Al saberlo Abimelech, sube con su gente al Salmon, toma una hacha, corta la rama de un árbol, se la echa al hombro y manda hacer lo mismo á cada uno de los suyos. Colocan despues las ramas sobre la bóveda y les pegan fuego; y así murieron todos los que allí se encontraban, unas mil personas.

Este es el suceso que ha dado origen á la especie del narrador efraimita, Gén., 48, 22 (en contradiccion con la leyenda Gén., 34), de que Jacob, antes de su muerte, habia dado á José una fortaleza (hebr. *Schekhem-Siquem*) mas allá de sus hermanos, la cual él habia tomado á los amorreos con su espada y con su arco.

Ante los muros de otra ciudad recibió Abimelech el pago de sus obras. Habia puesto sitio á Tebes, situada entre Siquem y Bet-Schean, por razones que ignoramos, pero que podemos suponer parecidas á las que antes habia tenido para obrar de igual modo con Siquem. En medio de la ciudad habia una torre fuerte, á la cual se retiraron los habitantes cuando ya no podia defenderse la ciudad, atrancando las puertas y subiéndose á lo alto. Abimelech llega hasta estas puertas con intencion de pegarles fuego, como habia hecho

con la torre de Siquem, para poder penetrar, y en aquellos momentos una mujer le arroja el volante (2) de un molino de mano y le abre el cráneo. El herido suplica en el acto á su escudero que le atravesase con su espada, para que no caiga sobre él la vergüenza de que se diga que una mujer le mató, y el escudero hace lo que se le manda. Cuando los israelitas ven muerto á su caudillo, se retiran á sus moradas. Así, sobre la cabeza de Abimelech hizo recaer Elohim el pecado cometido por él, como sobre las cabezas de los siquemitas el mal que ellos hicieron, y así se cumplió la maldiccion de Jotam, hijo de Jerobbaal. Este fué el fin de la primera familia de reyes israelitas. Fenece por su propia culpa.

La narracion de Juec., 9, es de legítima antigüedad. No se encuentra allí rastro alguno de las tendencias religiosas posteriores. Cananeos é israelitas alternan entre sí como hijos de un mismo país. Dios envia un espíritu malo entre aquellos á quienes quiere castigar por el daño que han hecho en comun. El que anuncia el castigo que seguirá al pecado no es un profeta, ni tampoco un ángel, sino Jotam, el hijo del rey. Con razon observa G. Studer (3): «La opinion religiosa del narrador se satisface con haber mostrado en la suerte del malvado Abimelech y de los siquemitas que le ayudaron en sus infamias, los efectos de una ley moral universal, que no deja impune el mal, sino que tarde ó temprano alcanza con mano vengadora al malhechor. Este es el punto de vista de la opinion religiosa universal que tenian los griegos allá por la época de Herodoto y de los trágicos coetáneos.» Si tuviésemos todavía otras antiguas narraciones que reprodujeran el carácter de los tiempos y de los sucesos con tanta fidelidad como Juec., cap. 9, mas de un enigma quedaria descifrado en la historia del pueblo de Israel.

LIBRO CUARTO

LA MONARQUIA BENJAMITA DE SAUL Y ESCHBAAI

CAPITULO PRIMERO

ORÍGENES DE ESTA MONARQUÍA. - DOMINACION DE LOS FILISTEOS. - ELÍ Y SAMUEL.

Estando basadas en hipótesis arbitrarias, como hemos demostrado en las páginas anteriores, las computaciones del libro de los Jueces, no hay medio de fijar el tiempo transcurrido desde la desaparicion de la monarquía manasética hasta que se fundó la de Saul; bien que esto nos puede ser indiferente, no habiendo pretendido esta última ser continuacion de la primera. Por otra parte, no está tampoco probado que no haya habido antes de Saul mas reyes de tribus, á la manera de Jerobbaal y Abimelech, en otros puntos de la Tierra Santa.

Así como el origen, si no del reino de Jerobbaal, á lo menos de su fama nacional, fué una brillante expedicion de represalias contra uno de los pueblos del desierto que empujaban á estrechar á los hijos de Israel en la comarca occi-

(2) La muela ó piedra superior.

(3) *El Libro de los Jueces explicado*. Berna, 1875, págs. 231 y 232.

(1) No estaba dentro de Siquem, sino á alguna distancia de allí.

bitantes de Asdod y sus contornos con una peste bubónica. Desean entonces los de Asdod deshacerse de la presa que tan fatal les ha sido, y se reúnen los príncipes de los filisteos acordando enviar el arca á Gat. Declárase allí también la epidemia, por lo que se intenta enviar la causante del mal á Ekron; mas los ekronitas se resisten tenazmente á semejante pretension, y un nuevo consejo de los príncipes resuelve que el Arca sea devuelta á los israelitas.

Por indicacion de los sacerdotes y adivinos filisteos, se mandan construir cinco formas ó imágenes de oro de las glándulas inflamadas ó tumores y otras cinco, de igual metal, de ratones (símbolo de la epidemia), así como un carro nuevo para el transporte del Arca; se ponen estos objetos de oro en la caja ó arca del mismo carro, y se unen á éste dos vacas jóvenes, que no han llevado yugo todavía y cuyos becerillos se encierran en casa. Si los animales se dirigen hácia la tierra de Israel, á pesar de que el ansia por sus pequeñuelos debiera incitarles á volver á casa, quedará demostrado que la plaga procede del Dios de Israel, al que se ha irritado llevándole á tierra extraña. Los objetos de oro son una ofrenda expiatoria que se le hace para obtener su perdón, por haberle sacado de su territorio y por la profanacion que ha sufrido, y son cinco de cada forma, porque en el rapto ha tomado parte toda la Pentápolis. Todo esto ocurre despues de haber estado el Arca secuestrada durante siete meses.

Las vacas, sin apartarse del camino recto que tienen delante, arrastran luego el carro en direccion á Bet-Schemesch, en Judá, donde la gente, que se hallaba á la sazón ocupada en la siega del trigo, se alegra extraordinariamente cuando ve á lo lejos el Arca que llega, seguida de los príncipes de los filisteos. Delante de una gran piedra en el campo de Schimschi, hijo de Josué, se paran las vacas, y los de Bet-Schemesch bajan el Arca del carro haciendo pedazos éste, cuya madera emplean luego en el holocausto que hacen, sobre la piedra, de las vacas, sacrificadas al efecto (1). Satisfechos de lo que ven, los príncipes filisteos emprenden el regreso á su país.

Pero también en Bet-Schemesch causa desgracias el Arca, muriendo 70 varones de los hijos de Jeconías (2), que la habian mirado; por lo cual envían los de aquella poblacion mensajeros á la antigua ciudad cananea Kiryat-Jearim, pidiendo que se lleven el Arca. Así se hace, y es conducida allí á casa de Abinadab poniéndola bajo la custodia del hijo de éste, Eleazar, á quien se consagra sacerdote al efecto.

Esto es lo referido hasta 1. Sam., 7, 1, y salta á la vista que la narracion queda incompleta. Fáltanos saber por qué no ha sido restituida el Arca á su antiguo sitio, en el templo de Silo, y por qué le ha sido consagrado á su servicio un sacerdote que no pertenece á la casa de Elí.

En vez de esto, los v. del cap. 7, 2 y siguientes, nos dan la relacion de una brillante victoria de los israelitas, acaudillados por Samuel, sobre los filisteos. Despues de transcurridos 20 años — esto es, desde la desgraciada batalla de Ebenhaeser — todo Israel vuelve á adorar á Jehova. Samuel les anuncia que Dios les librará de la mano de los filisteos, si de todo corazon se vuelven á El, sirviendo no mas que á El y abandonando los dioses ajenos. Convoca luego una asamblea popular en Mispá (Masfa) para orar allí por Israel. Celébrase esta asamblea, en la cual el pueblo ora y ayuna; y teniendo noticia de ello los filisteos, marchan con numeroso ejército contra Mispá. Los israelitas, poseidos de grande terror, claman á Dios que acuda á su auxilio, y Samuel sacrifica una

(1) La mayor parte del v. 15, segun el cual los levitas bajan el Arca del carro, es una glosa intercalada en interés levítico; pero no se ha tenido presente que los levitas llegan un poco tarde, pues, segun lo que precede, el carro ya habia sido quemado.

(2) Segun la version de los LXX.

corderilla y ruega á Dios que salve á Israel. No ha terminado todavía el sacrificio, cuando ya empieza el ataque de los filisteos; pero Dios pone tal espanto entre ellos con una tempestad de truenos, que huyen en dispersion, y saliendo los israelitas tras los fugitivos, les causan grande mortandad. Samuel, para recuerdo, levanta allí una piedra y le pone por nombre Ebenhaeser. Los filisteos no se atreven á volver á la tierra israelita y tienen que restituir las ciudades conquistadas. Samuel juzga á Israel todos los dias de su vida; todos los años reúne al pueblo en Bet-el, Gilgal ó Mispá, y juzga en estos lugares; pero él habita en Rama, y edifica allí un altar. Desde luego aparece evidente que 7, 2 y siguientes no son la continuacion natural de 7, 1. Si, segun 7, 2-17, la liberacion de Israel del yugo de los filisteos es consecuencia de la conversion de los israelitas, debe deducirse que el redactor de este pasaje ha considerado que el yugo filisteo les habia sido impuesto como castigo de un pecado, ó sea de su anterior apostasia. Mas, muy distinto de esto es lo que se refiere en 4, 1^b, 7, 1; nada se dice aquí de una desercion de Israel á dioses ajenos, sino, muy al contrario, se dice que toda su confianza la tiene puesta en su Dios. A la agregacion de aquel exótico relato á 7, 1, debemos seguramente que haya desaparecido el verdadero final de la narracion primitiva. Este final explicaria por qué el Arca no habia vuelto á Silo, lo cual es de suponer que solo fué debido á la desaparicion del templo de este nombre, como consecuencia de sucesos motivados por la derrota de los israelitas en Ebenhaeser. En los tiempos de Saul hallamos á la familia de Elí sirviendo como sacerdotes en el santuario de Nob, al Norte de Jerusalem, y teniendo á su frente á un biznieto de Elí, nieto de Fineas. Que el santuario de Silo fué destruido se desprende de Jer., 7, 2. 26, 6, en cuyos pasajes se conmina á Jerusalem con la misma suerte (3); y de seguro que no existia ya en tiempo de Jeroboam, pues de lo contrario, éste habria convertido en santuario real tan antiguo sitio de culto. En todo caso, Silo desaparece por completo de la historia desde la muerte de Elí.

Es asimismo de toda evidencia que los tres trozos, capitulo 1-3, cap. 4, 1^b, 7, 1 y cap. 7, 2-17, pertenecen á capas de tradicion totalmente distintas: los cap. 4, 1^b, 7, 1, nada saben de Samuel; segun el cap. 1-3, es éste un dependiente del templo de los Elidas y el cap. 7, 2-17, le presenta como juez sobre Israel. La misma mano que hizo de Samuel un juez, ha convertido á Elí en otro, mediante la adiccion en 4, 18: *Y habia juzgado á Israel cuarenta años*. Sin embargo, lo mismo el cap. 4, 1^b, 7, 1, que el cap. 1-3, solo consideran á Elí como el primer y mas antiguo sacerdote de Silo y del Arca, sucesor de una antiquísima familia sacerdotal, no concediéndole tampoco mayor importancia en Israel que la espiritual y religiosa. La direccion de los asuntos políticos está por completo, segun los cap. 4, 1^b y 7, 1, en manos de las familias á cuyo llamamiento responden Ofni y Fineas cuando acompañan el Arca al campo. Este último punto bastaria por sí solo para formar concepto de la importancia que pueden tener para la historia cada uno de los tres pasajes de que estamos tratando.

Solo el cap. 4, 1^b y el 7, 1, pueden ser considerados como fuente histórica. En la actualidad, privados de su principio y de su fin, estos pasajes no son mas que un relato de la situacion afflictiva durante el dominio filisteo, situacion que fué origen principal de la monarquía, y por lo mismo describirian

(3) Wellhausen supone que Jeremías pudo leer todavía á continuacion de 7, 1, el relato de la destruccion de Silo. Véase Bleek: *Introduccion*, página 210. Es muy posible que 7, 2 — como ya se dirá mas adelante — sea mas moderno que Jeremías.

igualmente en su estado primitivo la completa sujecion de Israel. Ahora bien: como la monarquía de Saul se hace derivar de Samuel, á esta circunstancia es debida que, sacándola de una fuente antedeuteronomista, se nos refiera la historia de la juventud de este personaje, la cual, por otra parte, no tiene título alguno para que se le reconozca fidelidad histórica; es la historia de la juventud de un hombre que formó época, pero de quien nada mas sabemos. Este varon, como otros héroes, aparece primogénito, despues de larga esterilidad, de la esposa favorita cuyas oraciones han sido atendidas. No hay detalle alguno en su historia posterior que aluda en lo mas pequeño al tiempo pasado en el templo de Silo; el relacionarlo con este santuario fué obra mas moderna y fruto de las tendencias de la evolucion deuteronomista de la época de Josías.

En el cap. 7, 2-17, se nos presenta la interpretacion mas radical en sentido deuteronomista del primitivo relato histórico, no pudiendo ser mas palmaria la contradiccion con el verdadero curso de la historia. Segun este capítulo, no fué Samuel quien libertó á Israel del yugo de los filisteos; Saul mismo no lo consiguió, y solo á David debióse el feliz término de la empresa. Todo este relato — pero solo él, y ninguna de las demás partes del conjunto del cap. 1-7 — tiene por base la consabida suposicion de la época del cautiverio, en que no tenia rey Israel y dominaban las ideas del Deuteronomio, segun la cual, la fundacion de la monarquía fué una desercion del organismo puro y deseado por Dios de la teocracia. Semejante suposicion contradice enteramente el curso de la historia, que deja evidenciado que la monarquía fué la salvacion de un ominoso estado de cosas. Como de costumbre, no se ha rectificado aquí la hipótesis religiosa con arreglo á la historia, sino que se ha enmendado la historia en beneficio de la hipótesis religiosa. En seguida de la derrota en Ebenhaeser, que produjo la dominacion extranjera y el origen mediato de la monarquía, viene una brillante victoria debida á las oraciones de Israel, la cual devuelve á éste su libertad y le proporciona bienandanza; porque es indispensable que goce de ella, para que en su arrogancia pueda apostatar constituyéndose en monarquía. Otros indicios revelan, asimismo, el origen deuteronomista del cap. 7, 2-17. También se presenta aquí á Mirpa (Masfa) como el centro religioso del pueblo; con la idea de la judicatura de Samuel se reproduce el sistema cronológico de la reforma deuteronomista del libro de los Jueces, y el estilo del lenguaje es otro testimonio mas del origen indicado.

Es muy lamentable que la parte que narraba la destruccion de Silo y la pérdida de la independencia de Israel haya sido sustituida por relacion tan insustancial.

Creemos haber demostrado por medio del análisis crítico que acabamos de hacer la exactitud de nuestra apreciacion histórica sobre los orígenes de la monarquía benjamita. Nada sabemos de la vida de Samuel antes de su encuentro con Saul. En una época cuya distancia de la desaparicion de la monarquía manasética de Ofra no se puede fijar, sostiene Israel — ó á lo menos la tribu de José, incluyendo á Benjamin — una guerra con los filisteos, la cual da por resultado la pérdida temporal del Arca, la destruccion de Silo y la sujecion de José y acaso también de Judá al dominio de los filisteos, los cuales, como se desprende de lo relatado despues, tienen un gobernador suyo en Gibeá (Gabaá) en el territorio de Benjamin. Tampoco tenemos medio de determinar con alguna exactitud el tiempo transcurrido entre la batalla de Ebenhaeser y la eleccion de Saul, no contando con mas dato para tal cómputo que el que se nos ofrece en 1. Samuel, 21, 2 y siguientes, al hallar en este pasaje á Abimelech, nieto de Fineas, como contemporáneo de Saul y tal vez

su igual en edad; pero es dato poco seguro, ya que ignoramos la edad que tenia Abitule, padre de Abimelech, á la muerte de su padre Fineas. Puédesse admitir, sin embargo, que no duraria menos de unos cincuenta años esta dominacion filisteá.

CAPITULO II

REINADO DE SAUL

I. Cómo fué rey el benjamita Saul.

Si bien la tradicion está unánime en considerar á Samuel como partícipe en la fundacion de la monarquía de Saul, resultan contradictorios sus relatos por lo que se refiere á la forma y manera en que se constituyó esta monarquía. Segun la mas antigua tradicion, Samuel, sacerdote y vidente de Rama, conoce casualmente á Saul (Schá'ül), hijo de un reputado personaje y caudillo benjamita llamado Kis (Kisch), de Gabaá, y descubriendo en él al varon que necesita Israel le anuncia reservadamente que está llamado á ser rey de este pueblo. Saul guarda el secreto, en un principio, sobre la comunicacion que le ha hecho el anciano vidente, hasta que, un mes despues, una afrenta hecha á Israel por los amonitas le obliga á llamar el contingente israelita y á ponerse á su frente. La capacidad como caudillo de guerra de que da pruebas entonces, hace que el ejército victorioso ponga sus ojos en Saul, al cual proclama rey sin intervencion alguna de Samuel.

Que esta es la tradicion mas antigua sobre el modo de constituirse el reinado de Saul, se deduce con toda seguridad del análisis de las relaciones que acerca de este suceso se encuentran en el Libro de Samuel. Estas son dos (1), y se hallan ahora amalgamadas, y una de ellas supeditada á la otra; además, con tendencia religiosa, la que se lee en los capítulos 8, cap. 10, 17-27, cap. 12, y sin esta tendencia, la que aparece en cap. 9, cap. 10, 1-16, cap. 11, cap. 13 y 14. Son fáciles de descubrir las intercalaciones armonistas, y sobre todo salta á la vista que el cap. 11 no debió de encontrarse primitivamente en medio del primer relato, pues ignora por completo que Saul fuese ya rey, como nos lo dicen los v. 17-27 del cap. 10.

Véase lo que nos refiere la narracion con tendencia religiosa. Habiendo envejecido Samuel, puso á sus hijos por jueces sobre Israel (8, 2). Estos se llamaban Jo'el y Abiya y juzgaban en Beerseba, pero no iban por los caminos de su padre sino que recibían cohecho y vendían la justicia. En su consecuencia, se reunieron los ancianos de Israel y dirigiéndose á Rama suplicaron á Samuel que, en vista de lo que sucedia con sus hijos, les diera un rey. Esto no es del agrado de Samuel, que acude en oracion á Jehova, quien le manda acceder á lo que le piden, significándole que el desechado no es Samuel, sino el mismo Jehova como rey; que este modo de proceder de Israel es el que siempre ha observado con Jehova desde que lo sacó de Egipto, abandonándole para servir á dioses ajenos, y á la sazón obra de igual suerte con Samuel; que atienda á los deseos de los israelitas, pero exponiéndoles la verdadera situacion y el derecho del rey que ha de gobernarles. Samuel comunica esta contestacion de Jehova al pueblo, que le ha pedido un rey, y le expone como sigue el derecho de éste.

El rey tomará vuestros hijos, para que peleen por él á caballo y en carros y para que corran delante de su carro. De ellos elegirá sus oficiales, sus mozos de labranza y sus artifices de pertrechos de guerra; vuestras hijas serán perfumado-

(1) Bleek, en la obra ya citada, págs. 210 y siguientes.

que no consiguió la manasética: convertirse en monarquía nacional israelita. La dominación filistea demostró a los jefes mas entendidos de Israel que únicamente subordinándose todas las tribus al gobierno de uno solo, sería posible la liberación. El haber descubierto en Saul al hombre que se necesitaba para realizar este pensamiento, ya muy difundido entonces, es el mérito imperecedero de Samuel (Schemu'el) el vidente, sacerdote de la pequeña ciudad rural Rama, en Efraim, cuyo nombre la tradición unánime nos transmite ligado con la fundación de la monarquía benjamita.

Nuestra opinión acerca de este punto histórico es del todo contraria - según lo expuesto ya en las páginas anteriores - a los conceptos mas en uso sobre la constitución y el modo de ser de la monarquía de Saul. Generalmente no se quiere ver en esta monarquía la evolución sucesiva de un movimiento nacional, ya iniciado en la monarquía de Jerobbaal si bien inconsciente aun respecto de su finalidad, sino que se la considera como un rompimiento de Israel con su pasado. No se la quiere considerar como la primera tentativa coronada por el éxito para reconcentrar todas las fuerzas del pueblo por medio de determinada organización y fundar, como anátesis de la anterior monarquía de tribu, un Estado nacional, sino únicamente como un cambio del organismo político del Estado israelita ya existente.

Según la opinión general, Saul recibe su reino directamente de manos del último juez Samuel, el cual, a su vez, es el sucesor designado por Dios del juez Elí. Habiendo ya impugnado en su conjunto esta opinión histórica, incúmbenos ahora oponerle la verdadera y buscar su confirmación en los escritos originarios.

Ante todo, no ha habido tal juez Elí, cuyo sucesor fuera el juez Samuel, ni tampoco un juez Samuel, con el cual terminara el gobierno de los jueces y de cuyas manos recibiera Saul, como rey, el poder supremo de Israel. El análisis crítico de los pasajes originarios en 1. Sam., cap. 1-7, sobre los orígenes y fundación de la monarquía de Saul, afirma la exactitud de nuestro aserto tan de lleno, como demuestra la inanidad de la opinión común.

En el cap. 1-7 se reproduce el mismo procedimiento que ya describimos antes. Hállanse allí refundidos en un mismo relato pasajes de distintas capas de tradición, pasajes contradictorios, en los cuales no han podido hacer mella todos los artificios armonistas empleados. Desgraciadamente se han repetido también las consecuencias de semejante procedimiento: la intercalación de escritos mas modernos en los antiguos ha debido mutilar unos y otros.

Desde luego, del conjunto del cap. 1-7 (1) se destaca, en el cap. 1-3, una narración descriptiva, viva y natural de la niñez y adolescencia de Samuel, como también del santuario de Silo en su postrer período, siendo muy de lamentar que no reuna a estas cualidades la autenticidad histórica. El trozo del cap. 1-3 es un fragmento de un escrito redactado quizá en Jerusalén en tiempo de Josías, que referiría la historia del mencionado santuario y de sus sacerdotes, Elí y sus hijos,

(1) Para el análisis crítico del cap. 1-4, véanse las conclusiones de Wellhausen en el *Texto de los Libros de Samuel*, Göttinga, 1871, como también en la *Introducción*, de Bleek, págs. 204-210. El texto de los Libros de Samuel es uno de los peor transmitidos en el Antiguo Testamento. Ya O. Thénien: *Los Libros de Samuel*, Leipzig, 1842, segunda edición, 1864, y H. Ewald, en el segundo y tercer tomos de la *Historia del pueblo de Israel*, se ocuparon en su corrección, aprovechando el texto de los LXX. Siguiendo a estos, Wellhausen lo ha sometido a un análisis sistemático en su obra ya citada, la que hemos consultado constantemente en nuestro estudio del contenido histórico de los Libros de Samuel, y así lo dejamos consignado desde ahora, para no hacer mas referencia a sus conclusiones sino cuando se trate de puntos de importancia especial.

del linaje de Moisés (2). Dedúcese esto necesariamente, en primer lugar, de la ausencia del final que se presupone, y luego, del contexto de 1, 3; pues cuando el narrador dice en este pasaje: *donde eran sacerdotes los dos hijos de Elí Ofni y Fineas*, es porque ya debió hablar antes de Elí.

Según 1. Sam., 1-3 y siguientes, Samuel es hijo de un varón de la comarca efratea de Suph, al sudoeste de Silo, llamado Elcana. Acostumbra Elcana a sacrificar todos los años - durante las fiestas de otoño - en el templo de Silo. Conforme a la antigua costumbre de los labradores israelitas, de la que ya hablaremos mas adelante, tiene dos mujeres, Ana y Fenena, siendo la primera su esposa favorita, si bien estéril. Ambas y los hijos de la última le acompañan todos los años en su peregrinación a Silo, y en la comida del sacrificio el jefe de la familia siempre sirve a Fenena y a los hijos e hijas de ésta, a cada uno su parte, mientras que Ana no recibe mas que una sola porción, *pero él la amaba, aunque Jehova había cerrado su matriz*. Todos los años, cuando se reproduce el mismo caso, no deja Fenena de mortificar a la estéril Ana, la cual en una de estas ocasiones rompe a llorar y no come. Elcana procura consolar a su esposa favorita, diciéndole: *¿No soy yo para tí mejor que diez hijos?* Pero ella se levanta, después de terminado el festín, y entra en el templo (3). Llorando y en larga plegaria hace voto a Dios, si le concede un hijo, de dedicarle al servicio sacerdotal de aquel santuario. El anciano Elí, sentado a la puerta del templo, observa a la mujer, que, con semblante descompuesto, oraba moviendo apenas los labios, y creyendo que ha cometido algún exceso durante la comida, la reprende; pero ella rechaza la amonestación y le dice que es una mujer afligida que ha derramado su corazón delante de Jehova. Entonces Elí le desea que vuelva en paz a su casa y que Dios le otorgue lo que le ha pedido. Ya tranquilizada Ana, se dirige otra vez al pórtico (4), y come y bebe con su marido mostrándose risueña.

Cúmplase el deseo de Elí. Cuando al año siguiente, Elcana vuelve a Silo para la fiesta de otoño, Ana no le puede acompañar porque amamanta al niño Samuel. No vuelve a ir al santuario con los suyos hasta que puede cumplir su voto. Una vez destetado Samuel, ó sea, aproximadamente, a los tres años, lo entrega al templo, haciendo ofrenda y solemne sacrificio. Elí se cuida de su educación sacerdotal (5).

En seguida nos presenta la narración al joven Samuel como verdadero sacerdote y sucesor designado por Dios a Elí, al revés de los degenerados hijos de éste, que por medio de los criados del templo y con menoscabo de las santas costumbres, hacen injustas y arbitrarias exigencias a los que ofrecen sacrificios y amenazan con la fuerza al que pretende protestar contra el abuso. No cejan en este proceder a pesar de las reconvenciones de su anciano padre, el cual, por lo visto, les ha confiado la dirección de lo concerniente a los sacrificios.

(2) Véase mas adelante.

(3) De Jer., 7, 2, se desprende que el templo de Silo era de mampostería. Que el tabernáculo estaba en Silo se menciona por primera vez en la Escritura fundamental, Jos., 18, 1; la tradición mas antigua nada sabe de esto. Véase Wellhausen: *Historia del pueblo de Israel*, tomo I, págs. 42 y siguientes. Asimismo, en el pasaje que comentamos ahora, la indicación que se hace del tabernáculo se debe a la glosa moderna, 2, 22: *y dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo*. Los desmanes de los hijos de Elí son de índole muy distinta, y en ningún otro pasaje se hace referencia a este proceder.

(4) Se alude al pórtico, que estaría junto al templo y en el cual se celebrarían los banquetes de ofrendas. El v. 18 está reproducido según la versión de los LXX.

(5) El llamado cántico de gracias de Ana, 2, 1-10, es una interpolación bastante moderna y estaría mejor en boca de varón que en la de una mujer. La absurda aplicación del v. 5 a las circunstancias de Ana ha motivado la introducción de este salmo en el pasaje de que tratamos.

Entretanto Samuel adelanta y vive gozoso en el santuario; su madre le visita todos los años, cuando va allí por la fiesta de otoño con su marido, y le lleva cada vez una túnica nueva. Dios la bendice por haber dedicado a Samuel al santuario; da a Elcana tres hijos y dos hijas mas. Samuel se hace hombre, captándose la benevolencia de Dios y de sus semejantes.

Hasta aquí lo referido en 1-2, 26. Mas en este punto viene de nuevo a interrumpir el relato una interpolación, 2, 27-36, del todo supérflua al lado de 3, 11 y siguientes. Por segunda vez nos encontramos con un enviado anónimo de Dios, que se presenta en Silo para decir a Elí que Dios se había manifestado a su antepasado Moisés en Egipto y había concedido a su linaje todas las ofrendas de los hijos de Israel; pero que él y los suyos no se acordaban de los beneficios recibidos y hollaban las ofrendas hechas a El; que honraba mas a sus hijos que a Dios, y con ellos disfrutaba de las ofrendas de Israel; que si bien había prometido en otro tiempo a su casa el sacerdocio perpetuo, solo honraria a los que le honraran a El y humillaria a los que le hubieren despreciado. Que vendrían días (1) en que sus descendientes y los de su linaje serán aniquilados por Dios, aunque no los destruirá a todos; pero los varones que quedarán de su casa, morirán por la espada, y como señal de que se cumplirá esta profecía vería Elí como sus dos hijos perecerían en un mismo día. Dios escogerá un sacerdote fiel, el cual procederá según sus pensamientos y sus deseos, y edificará una casa firme, que durará todos los días delante del ungido de Dios. Mas el que quedare de la casa de Elí, irá a esa casa de sacerdotes supliendo por necesidad que sea admitido en una de sus familias, para tener pan que comer.

Toda esta profecía es un *valcinium ex eventu*, que se refiere, desde el punto de vista de la reforma de Josías, a la historia de las familias sacerdotales, no jebuseas, que se hacían derivar de Moisés y Aaron, como descendientes de la familia de Elí. La catástrofe con que se amenaza a éste es la manzana que por orden de Saul, después de la huida de David, se ejecutó en los descendientes de Elí que ministraban en Nob, en el territorio de Benjamin. La designación del sacerdote fiel alude, como lo indica con toda claridad 2. Reyes, 2, 27, a la destitución de Eljatar (Abiathar) por Salomón, poniendo en su lugar a Sadoc. La casa firme que durará todos los días delante del ungido de Dios, es la familia sacerdotal de los saduceos, cuyos individuos funcionaron sin interrupción desde entonces como sacerdotes de la casa real de David. La súplica del último descendiente de Elí para ser admitido en una comunidad sacerdotal, será alguna alusión al estado de cosas originado por la reforma de Josías.

Resulta, pues, que la verdadera continuación de 2, 26, es el cap. 3 (2). En aquellos días parece que la palabra de Dios se manifestaba muy raramente en la tierra. Mas una noche, cuando Samuel, como de costumbre, está durmiendo en el templo junto al Arca, y mientras arde todavía la santa lámpara, oye que le llaman por su nombre; creyendo que le llama Elí, que habita muy cerca - en una casa contigua, como veremos luego - acude a él, pero éste le dice que se vuelva, que él no le ha llamado. Sin embargo, como el incidente se repite dos veces mas, reconoce Elí que Dios ha llamado a Samuel, y manda a éste que vuelva a acostarse, pero que si oye que le llaman otra vez, que conteste: *Habla, Jehova, que tu siervo te escucha*. Así lo hace Samuel, cuando por cuarta vez se le manifiesta Jehova. Entonces le comunica Dios que hará una cosa en Israel, que a todo el que la oyere, le zumbarán los

(1) Para la reconstrucción de los v. 31 y siguientes, desfigurados de mala manera en el texto masorético, véase este pasaje en Wellhausen.

(2) Y mas exactamente 3, 11, ya que 3, 1ª parece ser una repetición del final de 2, 11, que ha hecho necesaria la intercalación de 2, 27-36.

oídos. Aquel día cumplirá con Elí cuanto le ha anunciado sobre su casa, a la cual condenará para siempre, porque Elí ha visto como sus hijos envilecían a Dios, sin reconvenirles por ello. Y por lo tanto ha jurado que la iniquidad de la casa de Elí con las ofrendas hechas a El, no será jamás expiada. Samuel permanece en su lecho hasta la mañana, y abre las puertas del templo, pero teme comunicar a Elí la palabra oída de Dios; con todo, acaba por decírsela, accediendo a sus súplicas, y Elí contesta con piadosa resignación: *Él es Jehova, y haga lo que mejor se le pareciere*. Jehova sigue manifestándose a Samuel, el cual se convierte en un profeta respetado en todo Israel, mientras que los hijos de Elí perseveran en su mala conducta.

A los cap. 1-3 sigue, en los cap. 4, 1^b-7, 1, un escrito muy distinto en todos sus caracteres esenciales y de mucha antigüedad, de la época anterior a la de los profetas. Como sucede en el cap. 1-3, no tiene este relato principio, y le ha sustituido aquel. Los filisteos están en guerra con Israel, y han derrotado a éste en Eben-ha-eser (*pedra del socorro*). Crean los caudillos israelitas que su derrota es debida a que Jehova no ha entrado en campaña con ellos. Envían, pues, a buscar el Arca (3), aquella antiquísima reliquia de la tribu de José, al templo de Silo, confiados en que teniendo a su lado a Dios, éste les dará la victoria. Los hijos de Elí acompañan el Arca, y cuando llega ésta al campamento de los israelitas, se produce grande alborozo allí, apoderándose de todos la seguridad de la victoria.

Cuando los filisteos oyen los clamores de júbilo en el campamento hebreo y se enteran de su causa, tienen miedo, porque está allí el Dios de los hebreos, que en otro tiempo había castigado a los egipcios. Sin embargo, como varones esforzados, resuelven probar la suerte e intentan librarse de la que les amaga de verse convertidos en siervos de sus actuales siervos. Atacan impetuosamente y logran derrotar otra vez a los israelitas. Perecen los dos hijos de Elí, y cae el Arca en poder de los filisteos. El anciano Elí, que tiene ya 98 años, está sentado en su silla a la puerta de Silo, y lleno de ansiedad por el Arca, aguarda un mensajero que llega del campo de batalla; pero como ha perdido la vista con la edad, no percibe que el mensajero ha entrado ya en la ciudad, y solo por los lamentos que oye en torno suyo se da cuenta de lo que pasa. Llega, por fin, el mensajero hasta él y le comunica la terrible nueva; cuando le refiere lo del Arca, cae el anciano Elí de su silla, se desnuda y muere (4).

Los filisteos se llevan el Arca, de que han hecho presa en Eben-ha-eser, a Asdod, y la colocan como ofrenda y trofeo en el templo de su dios Dagon (5). Mas Jehova juega a éste una mala pasada en su propia casa. Cuando a la mañana siguiente los de Asdod entran en su templo, hallan al dios Dagon postro, la faz contra el suelo, como en actitud de adoración, ante el Arca, y con ejemplar paciencia vuelven a colocarlo sobre su pedestal. En cambio, sucede a Dagon otra cosa peor todavía durante la noche, pues al otro día, no solo le encuentran sus adoradores otra vez en igual postura delante del Arca, sino que le faltan la cabeza y las manos, que yacen en el umbral, quedándole intacta únicamente su cola de pez (6). Pero esto no basta aun, y la mano de Jehova aflige a los ha-

(3) Una arca no tiene, como es natural, por sí sola grande importancia ó significación, ni tampoco santidad alguna; ésta solo le puede venir de su contenido, el que, como veremos mas adelante, sería probablemente una piedra ó piedras santas, tal vez aerolitos.

(4) La indicación de que había juzgado a Israel 40 años, 4, 18^b, es extraña al relato y procede de la redacción final deuteronomista.

(5) Sobre la divinidad filistea, cuya figura se deduce de lo que sigue, véase Schenkel: *Lexicon Bíblico*, tomo I, págs. 556 y siguientes.

(6) Según corrección de Wellhausen: *Texto de los libros de Samuel*, página 59.